

Hay que vivir en el paisaje interior de nuestras almas.

Carmen de Burgos.

CAP. I: SALGO DE ALMERÍA

Mientras huyo del desierto, sigo considerando seriamente si tirarme en marcha o escapar en la próxima estación. La tía no para de quejarse del calor. El repiqueteo de las varillas de su abanico contra su orondo busto, lleno de puntillas de encaje de valenciennes, a veces se sincroniza con el ruido del tren, fundiéndose por instantes. La miro de hito en hito, sonriendo forzosamente, cuando me increpa con alguna pregunta directa que incluye mi nombre. Este año es uno de los más calurosos que ella recuerda, al menos del siglo veinte... Cuando yo era una niña, las primaveras eran primaveras, llovía como Dios manda y las rosas de mi parterre estaban mejor educadas que las de ahora, permitiéndome hacer los más hermosos ramos de la ciudad para el Corpus, aunque cayese el día de nuestro Señor bien entrado junio. Pero estos calores, recién pasado san Fernando, esto no es normal...Y la culpa la tienen las locomotoras de vapor, que con tantos humos se llevan las

nubes de agua dejando el cielo a merced de un sol de justicia. ¡El progreso, los adelantos! ¿No queríais tu padre y tú que llegase el tren a Almería? Pues mira, aquí tienes el progreso, ya tenemos tren, pero no llueve como antes... ¿No crees, Ena? ¿Me estás escuchando, hija? Vuelvo a asentir con abulia e intento contener mi llanto, con tal de que me deje un rato más a solas con mis dolores de corazón. Me sumerjo de nuevo en mi angustia, dejando tan sólo el palpito de su abanico, que parece confabularse con lo que bulle en mi pecho.

Con el paso de los meses he aprendido la técnica del *estar sin estar*, de conversar sin conversar, mientras mi yo vuela lejos, muy lejos, en busca de países de las maravillas. Sonreír, asentir, sorprenderse sin extremosidad ante una salida de tono casi siempre referente a un ausente en la conversación; aplaudir, también sin exageración, cuando alguien hace una alegoría a la obiedad o al disparate...Y en los dos últimos años he mejorado mucho la técnica. Mientras critican, comentan, aseveran a mi alrededor en las aburridas y largas tardes de visitas, he viajado al Castillo del Rey Loco sin moverme del jardín de casa. Los niños corretean entre los geranios. He revisado cada una de sus mágicas salas. He preguntado entre sueños a Tristán e Isolda, aquellos amantes medievales que

me contabas cubren las paredes de tu palacio bávaro, si sabían de ti, si te habían visto volver. He peinado el bosque que arropó tus juegos de muchacho y cruzado a nado el lago que refrescó tus risas estivales. Me he sumergido en la litografía que conservo como tu primer regalo...y todo ha sido inútil, todo está mudo: las piedras, los estucos, los mosaicos, los abetos y el agua. Nada ni nadie sabe darme certero norte, nada habla mi idioma.

Desde que te marchaste de mi lado, hace ya veinticinco meses y seis días, tan sólo he recibido el exiguo montante de un puñado de cuartillas de papel de seda, que suman en total tus siete cartas. Ignoro si son todas las que están. Quiero pensar que no; que este viejo tren que representa a la modernidad en la última capital del reino sin locomotora, y que hoy me aleja de mi acomodada vida para reptar hasta el abismo del tuyo, ha extraviado, cual anciano sin memoria, la mayoría de tus palabras. Esas que debieran pesar en mis manos como fardo de amor, de esperanza; que no fuese posible guardarlas en todo un desván repleto de baúles... Pero no, este puñado de cuartillas que cabrían en cualquier secreter de adolescente, viajan holgadamente en mi bolso de mano. Son tan cortas y vacuas tus letras en relación con mis expectativas de saber de ti

después de tu marcha que, en mi desesperación las he alargado en sueños hasta tu bosque del norte, pensado que podía ir andando descalza, sobre un camino de hojas de seda perfumadas, sin necesidad de ensuciar mis pies; un camino de explicaciones brillantes, como tus ojos arios, que me hicieran asentir ante el porqué de tu larga ausencia.

Te marchaste el Domingo de Resurrección de 1912 a tu país, con una cara circunspecta como yo no te conocía, atropelladamente, con la casaca mojada con mis lágrimas, mientras recogías y farfullabas en alemán. Todos tus documentos de trabajo, la carta de tu madre, ininteligible para mí, donde te informaba de la repentina muerte de tu padre, fue lo primero que pusiste en el fondo del maletín. Sobre los papeles, dos mudas limpias.

Y desde entonces no he vuelto a encontrarme a mí misma. Me miro cada noche en el espejo y veo una gran interrogación a la que peino cada noche, a veces hasta el amanecer.

Casi no sé nada de en qué has empleado el tiempo que nos separa; qué asuntos tan importantes te apartan de mi lado y del de tus hijos; por qué no me dejas que vaya a ayudarte, a consolarte como mi deber de esposa me exige. Por qué son los vocablos que más aparecen en mis ciento veintiocho cartas que

tengo la certeza de haberte enviado, siempre a la misma dirección en tu Múnich natal... Y no recuerdo ninguna respuesta clara a cada uno de ellos. Siempre la misma cantinela:

Espera mi amor, espera, todo se arreglará, no desesperes, Ena. Utiliza tu cabeza bien asentada y no caigas en la agonía de la distancia...

La tía puso el grito en el cielo cuando dije hace un mes en mi casa que me marchaba en tu busca; que yo no podía seguir viviendo sin saber a ciencia cierta cuál era el motivo de tu larga ausencia. Mi padre intentó disuadirme desplegando todas su influencia de hombre de negocios, haciendo uso de su francés y del telégrafo, iniciando la complicada tarea de recavar algo más de lo que cuentas en estas catorce cuartillas, para intentar retenerme siquiera un mes más, una semana más, con alguna verdad de peso que me dejase clavada en la mecedora de la sala donde me consumo cada tarde.

Los frutos de su esfuerzo, muy a su pesar, consiguieron el efecto contrario al perseguido, adelantando mi viaje proyectado para julio, a hoy, ocho de junio de 1914 en el que salgo en tu busca desde Almería, mi pequeña y exótica Almería, mi isla de la Polinesia, como tú la llamas; esa que abriga nuestros seis años de feliz matrimonio, y dos más de desesperación, los

cuales aparco envueltos en doble papel de estraza a la sombra del limonero de nuestro huerto, emprendiendo el camino de la realidad, con una desazón más grande que la que me mantenía inmóvil esperándote y que me hizo saltar de la butaca de rejilla.

Un baúl pequeño conteniendo lo que he etiquetado como imprescindible, me acompañan en este periplo, que espero sea breve. Recapitulando: dos trajes de viaje (uno de paño inglés por si es verdad aquello de que por encima de los Pirineos el verano no es verano, y otro más ligero de algodón por si no es del todo cierto), una chaqueta de lana, tres camisas (dos de popelín y una de sarga, por si hay que acudir a alguna recepción), un mantón de lana y otro de Manila, un corsé sin estrenar, unas enaguas suficientemente almidonadas, dos cuellos de repuesto, cuatro mudas interiores, dos pares de guantes (unos de encaje y otros de diario), dos sombreros (uno de fieltro negro y otro adamascado granate con ramillete lateral y cinta de terciopelo), dos velillos, mi mantilla negra, camisón y bata, mi cepillo del pelo, un espejo, mis horquillas y alfileres, mis polvos de arroz, mi canastillo de costura de viaje, dos retratos (uno de nuestra boda y otro de toda la familia fechado en el 11), un cuaderno en blanco, pluma, tinta, papel de carta y otras seis de recomendación para abrirme camino en el extranjero, van a

presión como arenques. En el maletín que tengo entre mi diestra y la ventanilla, alguna cosilla más de última hora y tres de mis libros favoritos para releer: (Madame Bovary, en francés, Alicia en el país de las maravillas, bilingüe, y La Regenta, como representación patria). Dos mil pesetas en el bolsillo de mi corsé y unas trescientas más en mi bolso de mano, amén de tus cartas, completan mi equipaje.

Y siendo la primera vez que me ausento de Almería dejando a mis niños, siento una gran losa en el pecho. Me digo una y otra vez, desdobládme hasta la paranoia, que a pesar de mis reticencias, este viaje era, es necesario, y que por eso estoy subida en este tren, del que bajaré para tomar otros tantos hasta que halle respuestas...y que son esas respuestas las que merecen la pena...mi pena de abandonar mis obligaciones.

Una tía solterona a la que ha sido imposible obviar, cuya mayor preocupación, además del clima, es mi reputación de mujer casada viajando a centroeuropea, se ha autoproclamado estandarte de esta procesión que constituye la aventura de salir en tu busca.

Y sigue deleitando a todo el vagón con sus peregrinas teorías sobre la sequía y la modernidad, en su ya decidida

zarzuela en allegro ascendente, mientras yo sigo sangrando por dentro.

Salimos de Almería a las once de la mañana y como un interminable vía crucis de rodillas y con los brazos extendidos, hemos parado en: Huércal de Almería, Benahadux, Gádor, Santa Fe, Fuente Santa, Gérgal, Nacimiento... para adentrarnos en territorio granadino a las dos y media de la tarde, pasando y parando en: Hueneja, la Calahorra, Guadix, Benalúa... Entramos agonizantes en la provincia de Jaén a las cinco de la tarde, continuando nuestro peregrinar según las paradas de: Huelma, Cabra de Santo Cristo, Huesa, Larva, Quesada... Salimos de Linares a las once de noche, pasamos por Alcázar a las tres de la mañana y por fin llegamos a la capital del Reino a las siete, con los albores del día. Velocidad media, dice el revisor, 50 km/h. Hemos recorrido en casi veinte horas unos seiscientos kilómetros.

A la altura de Fiñana, la tía Matilde empezó a cambiar de color y dejó de abanicarse dando por concluida su conferencia. Al percatarme de que mi deseo se había convertido en milagro, pensando que la tía se había dormido, por primera vez he salido de mi trance y la he observado con preocupación. Más que dormir parecía delirar, pues no respondía a mis llamadas. Le he

tocado la frente y desabrochado el cuello de su blusa. Sin lugar a dudas tiene calentura y me he pasado alrededor de diecisiete horas cuidando su angustia que he hecho mía con paños fríos, con la única distracción de leer los carteles de las estaciones contrastadas con mi reloj. Por mantenerme despierta y poder atender a la enferma, he ido apuntando las paradas y las horas, mientras velaba sus quejas. De todas maneras no iba a poder pegar ojo...Así pues, las circunstancias del viaje me han permitido no tener mucho tiempo para recrearme en mi propia ansiedad, como era mi intención preliminar.

Estoy muy feliz; camino sobre una senda forrada de hojas de parra. Mis pies, al igual que mi cuerpo están desnudos, pero no me importa. Mi pelo cae por mi espalda y me hace cosquillas, con una brisa agradable que viene de frente. Está amaneciendo y un sol acaramelado también contribuye a darme aliento en mi camino. Sé que voy a verte en breve, sé que estás entre los álamos verdes que escoltan mi paso...Vislumbro a lo lejos un grupo de gente que viene hacia mí...

No he llegado ni a abrir mi cama del vagón, ni tampoco ninguna de tus manidas cartas, pero creo que al final he dado alguna que otra cabezada. A las siete me he atusado el cabello y he rehecho mi moño trenzado, me he ajustado el corsé y he

ayudado a la tía con lo propio. Puesto un pie en el andén de la estación de Atocha, no me ha sido difícil localizar ayuda, y he contratado, con el auxilio del Jefe de Estación, los servicios de un mozo que nos transportara el equipaje hasta tomar en alquiler a su vez un automóvil, un Fiat Zero. El chofer se ha empeñado en contarnos las bondades de este nuevo medio de transporte, ilustrando nuestro paseo, además de con las referencias arquitectónicas por antonomasia, con un discurso contundente sobre la fábrica de automovilística Fiat. Empresa italiana, una de la más avanzada del sector, nacida en 1899. El modelo Zero sobre el que nos desplazábamos es de sus últimas criaturas: robusto, sencillo y económico. Se lo compró nuevecito a su primo hace seis meses, el cual lo trajo de Francia, dos meses antes y que a su vez, fue adquirido en la misma Italia otros tres antes. El coche era una preciosidad, la verdad. En Almería no se ven apenas, y menos tan modernos. La mayoría son de algunos ingenieros ingleses de las minas. Pero tengo entendido que estos artefactos han levantado ampollas entre todos los nuevos ricos que empiezan a tener dinero con la exportación de la uva y, dice padre que no ha mucho los veremos con naturalidad invadir nuestro Paseo del Príncipe. Incluso él está pensando en adquirir alguno, frente a la total

repulsa de su hermana Matilde ante semejantes cachivaches demoníacos.

El conductor del Fiat rojo pasión, no nos ha dejado meter una palabra de canto hasta soltarnos en la puerta de la casa del tío Sebastián, en el Paseo de la Habana nº 12. En cualquier caso, ningún interés en iniciar una conversación con un gañán, a juzgar por la vuelta turística que nos ha cobrado desde la estación y cuyo único propósito era alargar descaradamente la carrera, a pesar de haberle manifestado por activa y por pasiva nuestra premura. No estábamos por grandes vías llenas de neoclásicos, ni diosas de la fecundidad petrificadas sobre carros tirados por leones. Mi cabeza iba bastante revuelta con el disgusto que me causaba ver a la tía traspuesta, envuelta en sudor y tiritonas. Tan sólo he atinado a decirle con retintín cuando por fin cerraba el bolso de mano, que con servicios como este, acabará de pagar el automóvil a su primo, como mucho en un mes.

El barrio donde vive mi pariente paterno, hermano a la vez de la tía Matilde, es una zona nueva situada a las afueras de Madrid. Las calles circundantes parecen de gente de cierto postín.

He traspasado la cancela del número doce agitado la aldaba contra el roble con verdadera fruición. Tras asegurarme de que don Sebastián de Lirola vivía en esa dirección, he sido ayudada por el servicio de la casa para sacar del Zero a la tía, seguida de nuestros baúles. He pensado de soslayo en que al fin y al cabo este automóvil era útil y bonito y que más tarde escribiría a padre incluyendo un párrafo sobre cuál parecía un buen modelo para adquirir según la moda italiana.

Desde hace cuarenta años que se instalara en Madrid como senador de la antigua República, hemos visto muy poco a tío Sebastián. Él y su esposa, tía Angustias, no tienen hijos y, con la distancia, la relación con la familia del Sur simplemente se congeló mucho antes de que yo naciera. Se cartea habitualmente con mi padre por cuestiones de fincas y herencias, a las que por supuesto nunca renunció, no tiene por qué, y de las que pide, eso sí, puntual cuenta sobre sus réditos. Pero, amén de las frases corteses de encabezamiento o despedida como: Dios os guarde a ti y a tus hijos, felices pascuas y que el año nuevo traiga las lluvias suficientes para que la uva de barco siga siendo tan rentable como hasta ahora, no recuerdo mucho más de este señor y su esposa. Creo que es la segunda vez que los visito en toda mi vida y no será

mucho más allá de la décima que nos vemos en el montante de mis casi veinticinco años. Un gran bigote de puntas rizadas invade el semblante de un señor importante. Ese es el recuerdo infantil que guardo sobre tío Sebastián. *Érase un tío a un bigote pegado*, que podría haber compuesto perfectamente Quevedo. Un mostacho desproporcionado, a mi juicio completamente anticuado, el cual se encarga de ocultar sus facciones, hasta el punto de poner en duda su capacidad de sonreír o, si el señor adusto, que resulta ser el hermano de mi padre, tiene color de ojos; si tiene rasgos familiares, si se parece a uno o a otro, o si puedo reconocer en él algún detalle que yo vea cada mañana en mi coqueta. Simplemente lo ignoro.

Salió de Almería sin cumplir los veinte, estudió derecho en la Universidad de Granada y acto seguido se marchó a Madrid a situarse en política. Renunció a su pequeña patria por ser lo que es: una esquinita del mundo, pobre y abandonada donde nada queda de paso. Se casó con una *granaina*, la tía Angustias, justo al acabar la carrera, como fruto de sus serenatas de balcón con la tuna de derecho. (No me lo imagino en modo alguno cantando. Sería como mucho el de la pandereta). Ambos se consideran madrileños hasta la médula. También recuerdo de sus visitas, las peroratas comparativas precedidas del

clásico: *¿pero qué arbolitos son estos?* De ella me quedaron más sus silencios, sus miradas inquisitivas que yo coloree siempre en gris tormenta, o sus contestaciones cortas a modo de latigazo. Esa agriura que es común en muchos de los que no tienen la oportunidad de criar y que por tanto se permiten el lujo de ir por la vida con manga estrecha, esa que es percibida por el resto, en especial por los niños. Disfrutan en suma de lo que se da en llamar por mi tierra: mala follá.

Mi padre insistió en que hiciésemos como primera etapa del viaje, una parada en Madrid para retomar fuerzas. Quizá con ello intentaba disuadirme de mi firme decisión, conociendo mi rechazo inmemorial a estos parientes. Pataleé hasta donde mis exangües fuerzas me permitieron. No obstante, comprendiendo que si seguía negándome, corría el riesgo de no salir nunca de mi almohadillada vida, accedí a pernoctar en casa de mis tíos y así dar mi primer paso adelante.

Estoy dispuesta a iniciar como sea el reto que me he impuesto. No se puede vivir con tanta incertidumbre. Pese a mi maestría en el saber estar, yo ya no puedo más.